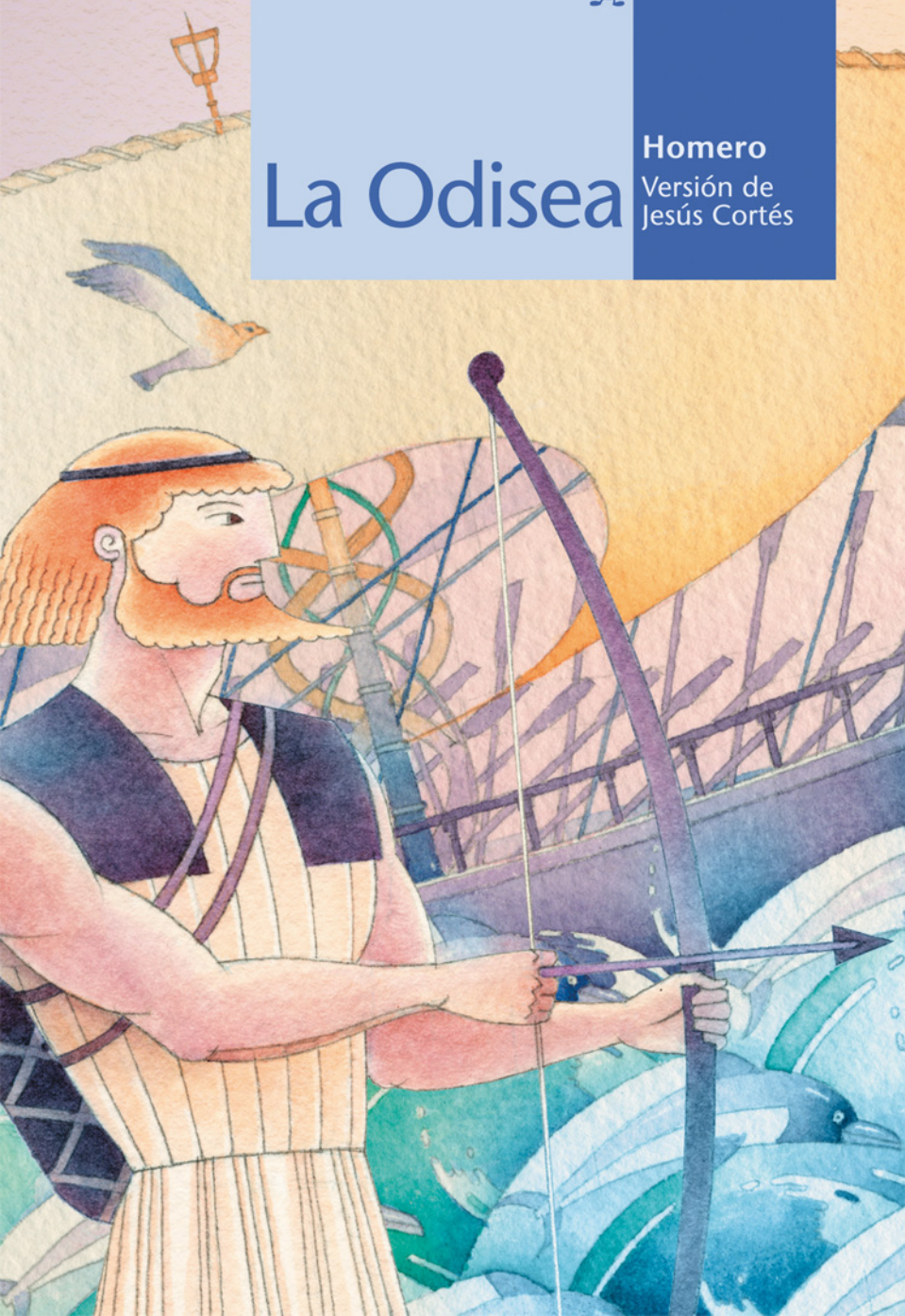


Algar  Colección CALCETÍN

# La Odisea

Homero  
Versión de  
Jesús Cortés



Dice la leyenda que, allá por el segundo milenio antes de Cristo, las diosas del Olimpo hicieron que Paris, hijo del rey de Troya, se enamorara locamente de Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Tanto se enamoró Paris de ella que, aprovechando una estancia en la corte espartana, la secuestró y se la llevó a su reino. Menelao, claro está, se sintió ultrajado y, con la intención de vengar el rapto de Helena, pidió a su hermano Agamenón que capitaneara una guerra contra los troyanos, con la ayuda de otros reyes griegos, entre los que se encontraba el protagonista de la presente historia, el valeroso Ulises, soberano por excelencia de Ítaca.

No obstante, en *La Odisea* no se narran las gestas del famoso Ulises en la épica guerra de Troya, sino las múltiples aventuras a las que el héroe

tuvo que enfrentarse en su regreso a Ítaca. Fue, el suyo, un viaje mítico que aconteció cuando dioses y hombres convivían juntos, y las mejores armas de un guerrero eran la prudencia, la astucia y el valor.

# 1

## El regreso de Ulises

La guerra de Troya había terminado, y los héroes capitaneados por el rey Agamenón se disponían a volver, por fin, a sus tierras.

Entre estos héroes se encontraba Ulises, rey de Ítaca, y, con él, los súbditos itacenses que habían luchado bajo sus órdenes en apoyo de Agamenón.

Ulises era un guerrero fuerte y valeroso del que se contaban las proezas más sorprendentes. Nadie le igualaba en prudencia y astucia, y en la batalla ningún enemigo resistía la fuerza de su espada. Ulises había dado buena muestra de estas cualidades a lo largo de los diez años que había durado el asedio de Troya y, por tal motivo, todos los que

lo conocían lo consideraban un héroe legendario capaz de enfrentarse a los peligros más terribles.

Ahora, sin embargo, la guerra había terminado y el único deseo de Ulises era volver a Ítaca para encontrarse de nuevo con su esposa Penélope y su hijo Telémaco, a quien no veía desde su nacimiento. Así pues, felices por la vuelta, Ulises y sus compañeros de batalla zarparon rumbo a la patria, a bordo de trece naves de remos que lucían unas velas tan blancas como la espuma de los mares que estaban a punto de atravesar.

Los vientos arrastraron las naves hasta Ismaro, el país de los cícones. Durante la guerra de Troya los cícones habían sido aliados de los troyanos y enemigos de los griegos. Por esta razón, los navegantes, con Ulises al frente, decidieron entrar en su ciudad con el fin de saquearla y llevarse un buen botín. Sin embargo, los cícones, que eran grandes guerreros y los superaban en número, les presentaron batalla, y después de violentos combates en los que sufrieron múltiples bajas, los navegantes huyeron con las manos vacías y los corazones destrozados por sus compañeros muertos.

Muchos días después de haber abandonado la tierra de los cícones, las naves de Ulises, des-

viadas de su rumbo por vientos y tempestades, llegaron al país de los lotófagos, quienes se alimentaban de una planta llamada loto. Ulises la conocía muy bien. Y cuando desembarcaron en tierra y la vio, rápidamente alertó a todos los navegantes.

–El fruto del loto es dulce como la miel. Pero si lo coméis, os atraparé la voluntad como el más traidor de los venenos.

Con todo, el héroe no pudo evitar que algunos de sus compañeros probaran el fruto. Y así fue como, todos los que lo hicieron, de repente ya no desearon otra cosa que quedarse para siempre en aquella tierra, comiendo loto y gozando de sus efectos embriagadores, sin importarles ni pensar en sus obligaciones ni en el regreso a Ítaca.

–¡Maldita sea! –se enfureció Ulises cuando descubrió aquel acto tan irresponsable–. ¡Merecéis un buen escarmiento por no creer en mis palabras!

–Déjanos aquí, Ulises –le dijeron los navegantes que no habían hecho caso a su advertencia.

–¡Este fruto es magnífico!

–Y en Ítaca no tenemos.

–Come loto y quédate con nosotros, Ulises.

–No comeré y tampoco me quedaré –les respondió él.

En el acto, y consciente del peligro que corrían el resto de navegantes, Ulises les ordenó a todos que volvieran rápidamente a las naves.

—¿Y qué hacemos con los que han comido loto?  
—le preguntó uno de ellos.

—¡Arrastradlos a la fuerza!... ¡Y atadlos a los bancos de los remos!

Poco después, y sin perder más tiempo, las naves zarparon a toda vela de aquella tierra en la que crecía aquel fruto tan sabroso, y a la vez tan nefasto, para el espíritu de los guerreros.